

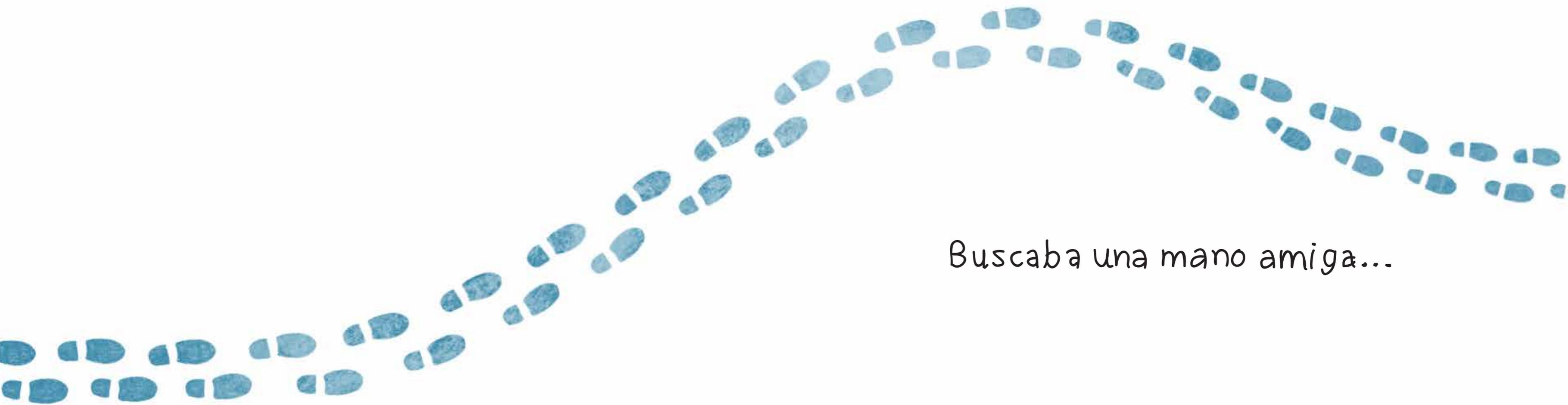
Lily & Lucy

Un cuento para niños escrito por Ana Verriopulu

Mariana Villanueva Segovia



MIKRI
SELINI



Buscaba una mano amiga...

Lily &
Lucy

A Constantinos y a Lucy

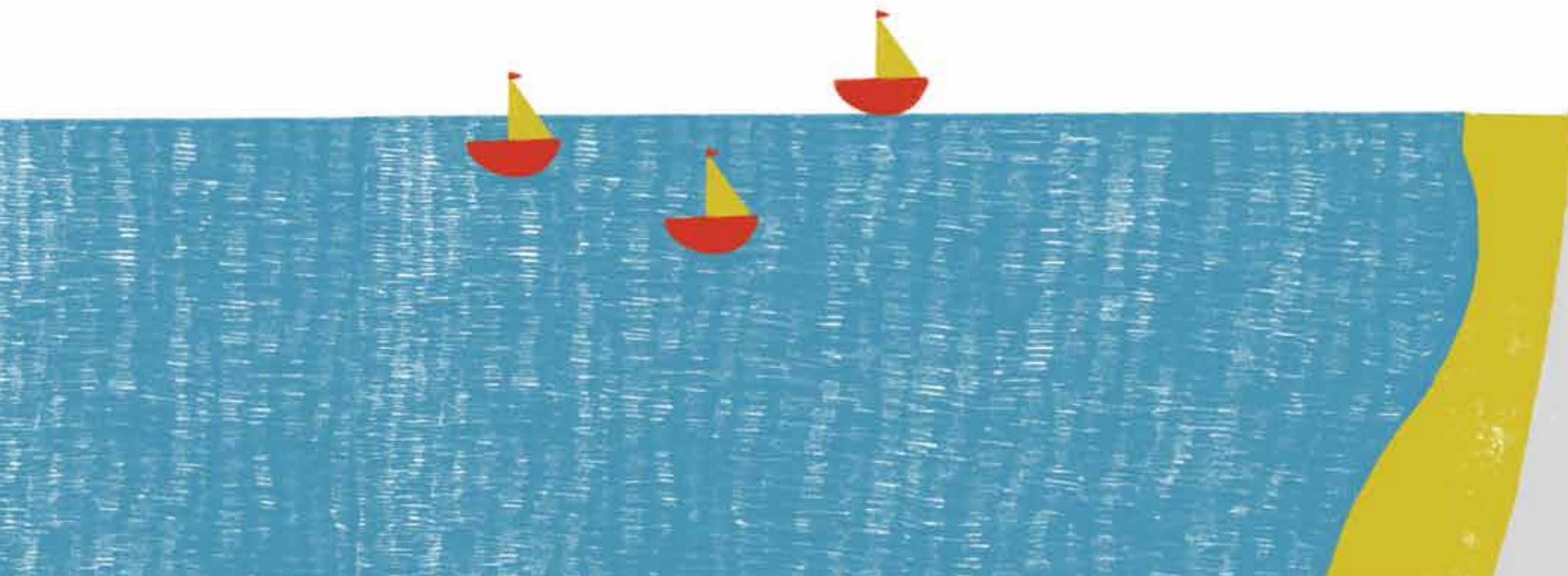


Vivimos en la casa más remota de la más remota aldea. Al lado se extendía un bosque chico, pero opulento. Había árboles pequeños y grandes, troncos rectos y otros encorvados como espaldas de ancianos,

hojas tan anchas como una mano y finas como un alfiler, pájaros con sus trinos, troncos huecos para nidos y un riachuelo que corría más rápido que una tortuga, pero más lento que un castor.

Al salir del bosque, podías ver dos cosas:

nuestra casa y, al fondo, el mar.



Si querías chapotear en el agua, primero tenías que bajar por una ladera verde, luego caminar sobre guijarros tan grandes como papas y, por último, dejar tus huellas en una playita en la que cabían solo un castillo de arena, un cubo de playa y una toalla.

Desde la ventana de mi habitación se veía el cielo, solo el cielo. Así que cada mañana, al despertar, podía ver de mi cama al sol jugando al escondite con las nubes.

Un día yo también salí a jugar.

“Lily, a dónde vas?”, me preguntó mi mamá.

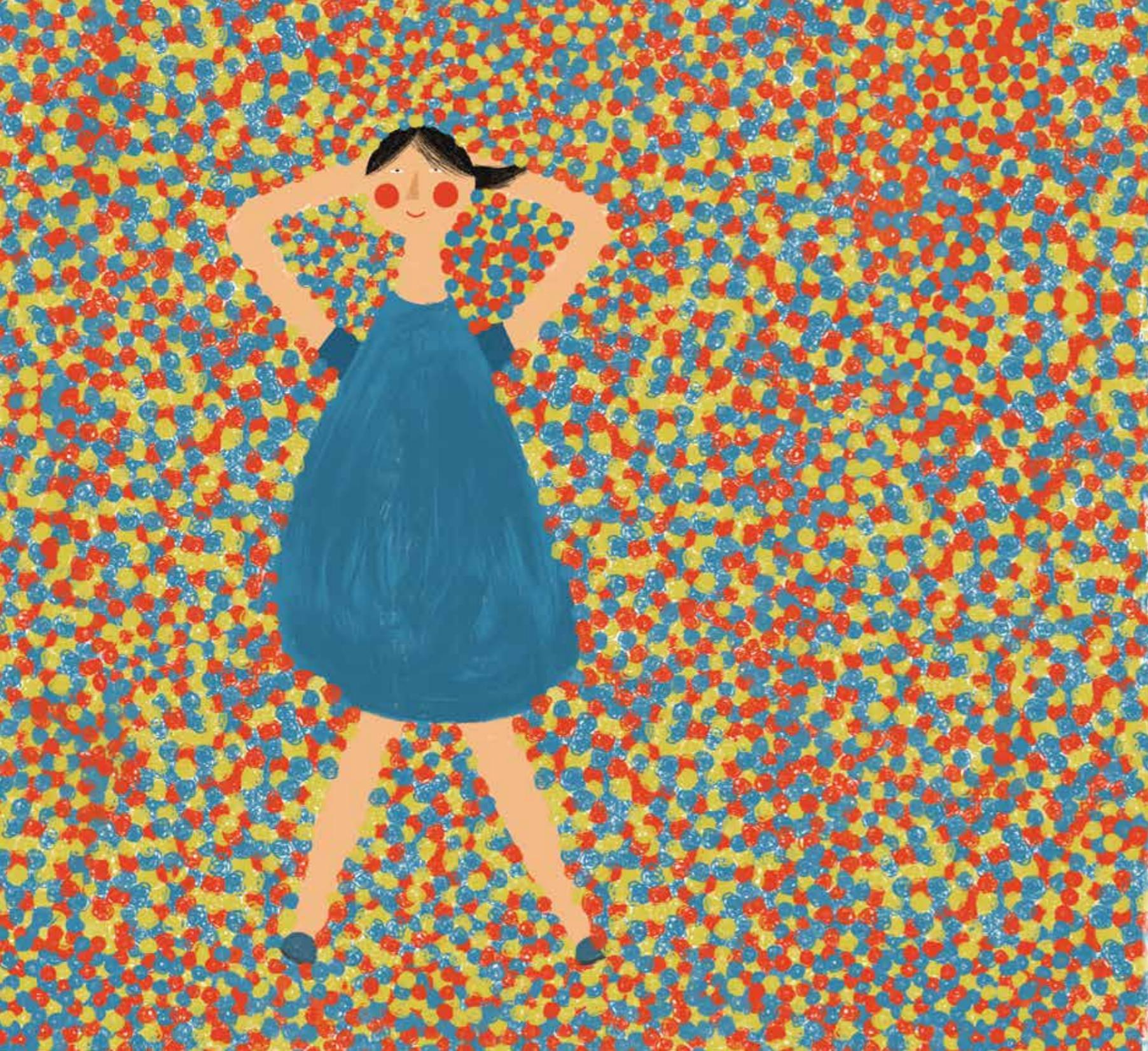
“A la pradera” dije y me fui corriendo.

“Pradera”,

llamaba yo a la ladera verde que llevaba al mar y que en primavera se llenaba de flores de miles de colores.



En ese tobogán florecido solía rodar como barril, tumbarme boca abajo para observar los torpes saltos de un grillo cantor o girarme boca arriba para contemplar los vuelos matutinos de las gaviotas.



Aquel día no encontraba ningún interés en esos juegos.
Me sentía tan sola y aburrida...

"Ay, si tuviera un amiguito", me dije, y entonces una brisa sopló desde el bosque revolviendo suavemente mi pelo.

A través del susurro de las hojas se oyó un sonido fuerte y repetitivo:

"Guau, guau, guau".

Giré la cabeza y vi a un animal que venía corriendo hacia mí.
Al principio, no lo distinguía bien por la neblina matutina, pero poco después vi asomarse un perro gris, grandote y alegre.

Se paró a mi lado moviendo la cola y, como estaba sentada, me pareció enorme. Yo estiré la mano y él enseguida me dio la pata. ¡Sin duda era el perro más impresionante que había visto en mi vida!

Y era una chica como yo!

El pelo de la perrita era suave y gris, sus orejas ondeaban con entusiasmo y su cuerpo era altivo y vigoroso. Pero lo más impresionante eran sus ojos.

Ah, sus ojos!

Azules como el mar y chispeantes como la mirada de un niño.





“De dónde has salido tú?”, pregunté, y ella soltó un sollozo sordo.

Llevaba en el cuello una correa azul de la que colgaba un adorno redondo. Lo tomé en mis manos y vi grabado un nombre: *Lucy*

“Así que te llamas Lucy.”

Ella ladró dos veces con emoción y lamió mi cara como si fuera un cucurucho de helado.

“Sígueme”, le dije y corrimos juntas hacia la casa.

“¡Ella es Lucy!”, les grité a papá y a mamá al abrir la puerta impetuosamente. Ellos la miraron sorprendidos, pero después papá se arrodilló para acariciarla.

“¡Qué linda!”, dijo mamá.

“Es un perro de caza”, explicó papá, “un fantasma gris. Así se llama su raza”.



Sin embargo, teníamos que tomar una decisión: qué hacer con Lucy?

Se había perdido? Acaso alguien en la estaba buscando? Finalmente, decidimos hospedarla hasta que alguien la reclamara.

Al oír la noticia, Lucy, llena de alegría, echó a correr dando la vuelta al salón y yo me puse a saltar sobre el sofá.

A partir de ese momento, nos hicimos amiguitas inseparables.





Dormíamos y jugábamos juntas,



buscábamos tesoros
que traían las olas del mar

explorábamos el bosque,
corríamos por la pradera,



y por la noche contemplábamos en el cielo
la constelación del Perro.



cavábamos pozos en la arena,



Pero más que nada a ella le gustaba
traerme los guijarros que yo le tiraba.



Así pasaron los días hasta que llegó la noche de la tormenta.

Lluvia, rayos y truenos sonaron hasta la mañana siguiente en que amaneció con un sol radiante.



Entonces los habitantes de la aldea vieron un espectáculo asombroso.

“Pero, qué pasó?”, se preguntaban.



La aldea toda había convertido en un lago y las casas eran como islotes.

“Qué vamos a hacer?”,



Jamás habían visto semejante inundación.

gritaban desolados desde las ventanas al ver que no podían salir de sus casas.



Sólo nuestra casa no se había inundado. Pero, cuando abrí la puerta, Lucy se me adelantó. Se paró en el rellano, estiró su largo cuello como un verdadero perro de caza, frunció la nariz y se echó a galopar hacia el bosque.

“Lucy, espérame!”, la llamé. Pero ella no paraba y a mí no me quedó más que seguirla. Corríamos las dos con todas nuestras fuerzas hasta que, de repente, Lucy se detuvo.

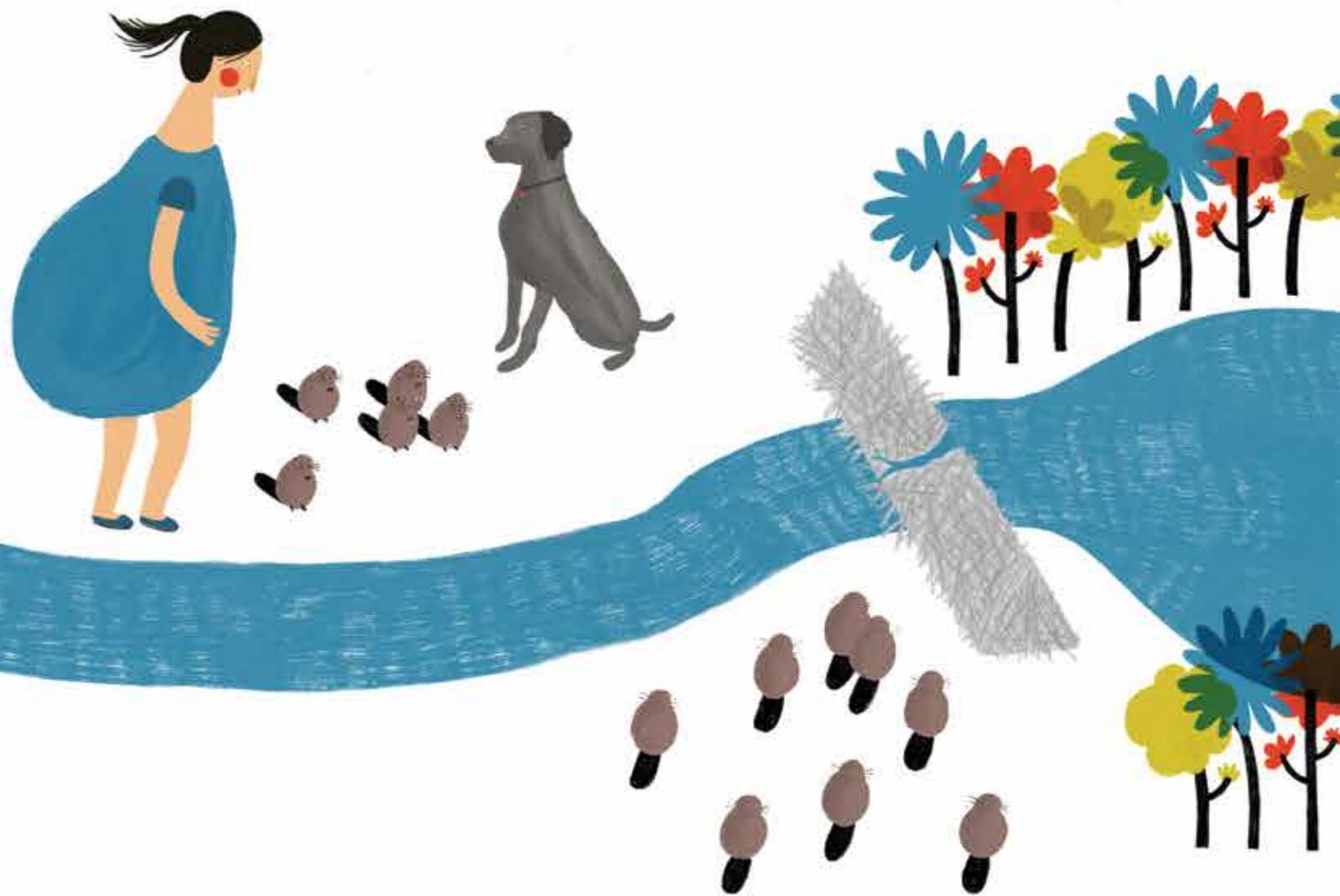


Entonces me di cuenta de lo que había pasado.

Lucy había descubierto
la causa de la
inundación!

La tormenta había abierto un gran agujero en el dique que habían construido los castores en medio del torrente que llegaba a la aldea. Me imagino que ya saben que los castores son los mejores leñadores y constructores de diques en el reino animal.

Pues, aun así, ahora se habían quedado parados a lado de las aguas impetuosas, mirándose perplejos.



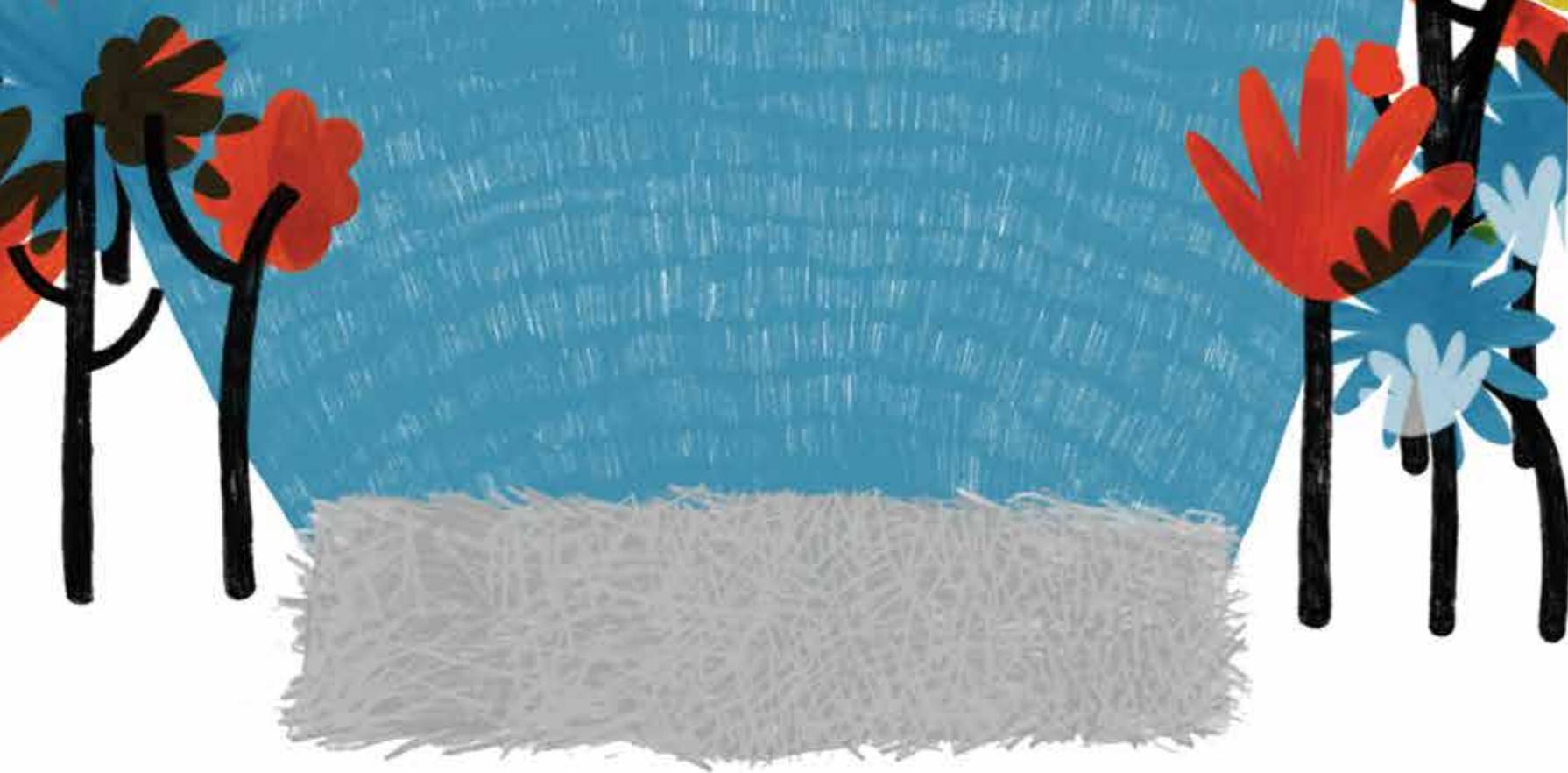


Sin perder tiempo, grité a Lucy:

“Lucy, corre hacia la playa y tráeme guijarros!”

Ella enseguida se marchó, iba y venía sin descanso hasta que juntó una montañita de piedras.

Luego, se puso un guijarro en la boca, se metió con valentía en las aguas turbulentas y se dirigió hacia el agujero del dique.



Los castores, que hasta ahora miraban mudos y atónitos, comprendieron nuestro plan y se tiraron al agua para ayudar.

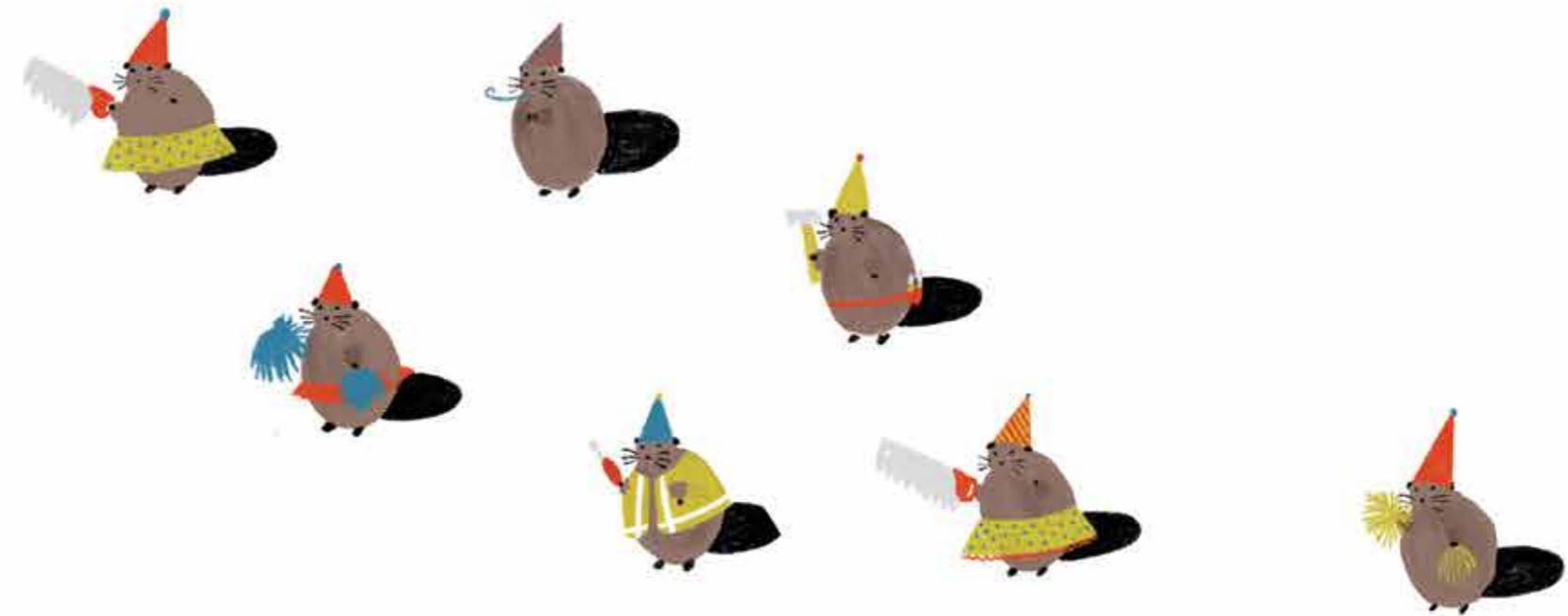
“Crach, crunch”, serraban ramas y troncos con sus grandes dientes y, nadando uno detrás del otro, ayudaron a Lucy a fijar las piedras y reparar el dique.

Lo logramos! Qué bien! Qué alegría!

Unos días después la aldea se secó completamente y todo volvió a ser como antes.

O es que algo había cambiado?

Como verán, los aldeanos se hicieron amigos de los famosos castores del bosque. A su vez, los castores se hicieron por primera vez amigos de un perro. Y Lucy conoció, por fin, a los aldeanos.





Y, para que no olvidar aquel día tan importante, intercambiamos regalos. Los castores tallaron un hueso de madera para Lucy y cortaron leña para las chimeneas de los aldeanos. A su vez, el alcalde erigió en el centro de la plaza una estatua en honor a Lucy y a los orgullosos castores.

Pero, el mejor regalo fue para mí. De la ciudad llegó la noticia de que un cazador había abandonado a su perro de caza en el bosque, porque, como él decía, era el peor perro jamás visto. ¡Nunca le obedecía y no le gustaba cazar a los otros animales! ¡Su nombre era Lucy!

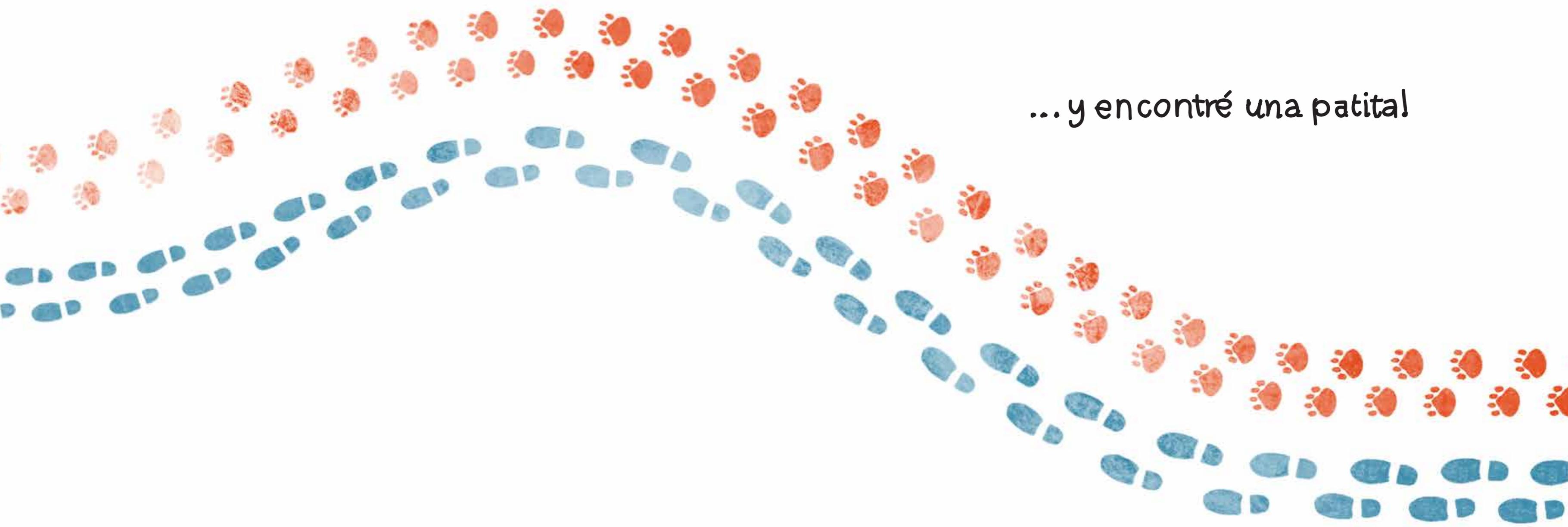
Fue así como a partir de entonces Lucy fue mi perro y yo fui su humano.





Un cuento para niños escrito por Ana Verriopulu
Ilustración de Mariana Villanueva Segovia

Revisión del texto español: Ana Segovia
Lettering: Stella Dimitrakopulu



...y encontré una patita!



Buscaba una mano amiga...
...y encontré una patita!



MIKRISELINI
www.mikriselini.gr



9 786185 049768

ISBN 978-618-5049-76-8